

## HOMENAJE

### del Ministerio de Instrucción y Salubridad Públicas

El Ministerio de instrucción pública destinó un salón de la Biblioteca Nacional para las obras pedagógicas y ordenó que se colocara en él un retrato al óleo de don Ricardo Carrasquilla. En la sesión solemne que se celebró con tal motivo el 20 de agosto, pronunciaron los señores doctor Manuel José Huertas González, Secretario del Ministerio y el señor don José Miguel Rosales, Bibliotecario nacional, los bellos discursos que insertamos a continuación.

## DISCURSO

### del señor Secretario del Ministerio

*Excelentísimo señor Presidente:*

Hermanos en las letras cuenta la patria con dos glorias: don Ricardo Carrasquilla y don José Manuel Marroquín. Al primero, el pabellón nacional le estaba reservado para colocarlo sobre su tumba. Quizá su muerte, que bien se puede calificar de prematura, impidió que ocupara el segundo el solio presidencial; apenas contaba cincuenta y nueve años cuando se tronchó el roble nacido en la hermosa tierra caucana, cuna de Caldas, Torres y Mosquera.

Pero, ¿qué importa esta observación para amenguar su justa fama y merecimientos? ¿Acaso no se halla en las mismas condiciones su ilustre y respetado descendiente, quien por estar ungido con el óleo sacerdotal, no siguió escalando los puestos civiles destinados a los grandes servidores de la patria? Y sin embargo, la presencia de Monseñor Carrasquilla en medio de las generaciones que hoy se levantan y de aquéllas que rigen los destinos de la patria, es estímulo que fortalece; figura que inspira respeto y admiración; dotado con raro talento;

con profundos conocimientos filosóficos; merecedor del título de doctor en teología por insigne privilegio extraordinariamente otorgado; gran humanista; célebre pedagogo; de virtud jamás puesta en tela de juicio; de vastos conocimientos y quienes todos, sin distinciones partidaristas, reconocen al hombre dotado por Dios con el dón del consejo que sólo lo alcanza quien es dueño y poseedor de la prudencia; de la templanza, necesaria para el buen juicio, a fin de sujetar los sentidos a la razón, y finalmente, de la justicia, modo recto de proceder, atributo de Dios, que entraña el conjunto de todas las virtudes.

Ved, pues, cómo haciendo justicia al hijo se resaltan los méritos del padre. Si se me pidiera un concepto de Monseñor Carrasquilla diría: es el vivo retrato de don Ricardo, y debería agregar, los dos, con Vergara y Vergara, Cadavid, Valenzuela, Esguerra, Quintero Calderón y tantos otros presiden la patria moral, como reyes del decoro, maestros en la virtud.

Intencionalmente he asociado los nombres de don Ricardo Carrasquilla y don José Manuel Marroquín. Debo asimismo agregar el no menos ilustre de don Manuel Pombo, de quien, para no alargarme demasiado, es suficiente recordar que a él se le debe, en gran parte, la compilación de los doce Códigos de Cundinamarca. La Nación celebra el centenario del nacimiento de estos tres egregios ciudadanos, cuyas vidas son motivo para que el año de 1827 sea una página del tiempo, gloriosa para la patria. Ellos fueron capaces de marcar y determinar una generación, orgullo del pueblo colombiano, y sus vidas corren parejas desde muchos puntos de vista, especialmente por su aspecto literario, todos tres; y, pedagógico, Carrasquilla y Marroquín.

Llegó al fin el momento oportuno de contestar a don José María Samper la siguiente insinuación relacionada con don Ricardo: «Yo no sé si este hombre admirable parecerá grande a los demás hombres, pero sí sé, con íntima seguridad, que Dios le ha coronado con guirnalda de eterna gloria».

¿Qué podré agregar como elogio digno de la memoria del señor Carrasquilla cuando se cuenta con escritos dedicados al mismo, salidos de plumas maestras como las del propio señor

Marroquín, Rafael María Carrasquilla, Pérez, Samper, Caro, Caicedo Rojas y Menéndez y Pelayo?

Nació don Ricardo en la ciudad de Quibdó, de la Nueva Granada, capital de la antigua provincia del Chocó, ciudad que se levanta sobre el Atrato. Fueron sus padres de estirpe procerca y aquí cabe muy bien emplear la fórmula dada en ocasión solemne por Monseñor Carrasquilla, quien en la oración fúnebre del Cardenal Mercier dice: «Lo primero que debe preguntarse para conocer a un hombre es quién era su madre», y para saber quién era doña Cruz Ortega y Nariño basta quedar enterados de que don Ricardo, por el mismo cultivo de su madre, fue para ella el mejor de sus hijos, según apreciación del nieto de don Pedro Carrasquilla.

Don Ricardo es, a pesar de todo, bogotano, sin que en Quibdó se enojen por la apropiación. Los hombres egregios tienen derecho a que su cuna sea la Patria grande; don Pedro Carrasquilla, padre de don Ricardo, andaluz, radicóse en Honda y llegó a ser coronel de la Independencia. Traído pequeño don Ricardo de su ciudad natal a esta capital, antes de cumplir un año, fue haciéndose grande de alma y de cuerpo. Como segundo hogar tuvo el Seminario fundado por el señor Mosquera.

Por múltiples aspectos se puede analizar la vida del señor Carrasquilla. Como poeta, orador profundo, filósofo e insigne pedagogo. He considerado una temeridad escribir estas líneas, mayor sería si pretendiera abarcar todas las actividades de vida tan compleja. El doctor José Miguel Rosales, de manera brillante como sabe hacerlo, nos deleitará con sus apreciaciones acerca de Carrasquilla poeta, filósofo y orador. Me reservo importunos con estas breves observaciones en orden a Carrasquilla como institutor.

Por lo que vengo observando en el campo de la instrucción pública, los mejores métodos de enseñanza han sido aquellos que abren amplio campo a los vastos horizontes de la juventud; se considera al niño, al joven y al adulto como seres en donde se anidan las grandes actividades; sus inteligencias, como campo propicio para desentrañar las humanas nociones;

no se precipita el desarrollo de los conocimientos; el maestro sirve de guía y conduce a su discípulo supliendo lo que por deficiencia no alcance a penetrar. El texto es lo de menos; el niño es objeto de su primordial atención.

Don Ricardo Carrasquilla se educó, o mejor dicho se instruyó por sí mismo, comprendió que el derrotero antes indicado era el mejor. Preparado así se siente con vocación decidida para el magisterio, inicia sus labores primero con una escuela primaria, en donde va aprendiendo y enseñando. Más tarde ingresa como profesor al lado de sus dos grandes y buenos amigos don Juan Francisco y don José Joaquín Ortiz, directores del «Instituto de Cristo». Luégo funda en asocio de don Ignacio Gutiérrez Vergara el «Liceo de la infancia». El resultado fue sorprendente. ¿A qué se debió?

En cuanto a los métodos de enseñanza empleados por el señor Carrasquilla y que aspiró a que fueran divulgados, basta oír a don Santiago Pérez, quien al respecto dice:

«Estos resultados no tardaron. Cuando ya la tarea no fue, en la clase de aritmética, la de aprender fórmulas, procedimientos o corolarios para casos hipotéticos, en cuya inmediata o siquiera posible realización no tenían los escolares completa fe, sino la de satisfacer a una cuestión presente, que de la naturalidad de sus circunstancias y de la gracia del verso recibía cierto aire de verdad, o por lo menos de verosimilitud; entonces dominó una atención más general y profunda, producida por la curiosidad de conocer el resultado, y provocada por la especie de misterio con que éste se hacía más tardío y difícil. Era una especie de lucha entre el alumno que enunciaba el problema y el que resultaba designado para resolverlo; lucha en que todos tomaban parte, significando su aprobación o desaprobación del modo de plantearlo, o de los principios y reglas invocados para hallarse solución. En ese interés despertado, y casi pudiéramos decir dramáticamente sostenido, todo era ganancia para el entendimiento de los contendores. que más y más se abría a la evidencia matemática; para su memoria, en que por el triunfo obtenido o por la derrota sufrida se grababan mejor el axioma o la fórmula antes desco-

nocidos; y para su criterio, obligado a formarse y crecer para hacer la evaluación de los datos y juzgar de la oportunidad de los procedimientos».

Sus dotes de pedagogo quedan comprobadas con citar a algunos de sus discípulos: Restrepos Sáenz, Murcias, Herreras, Portocarreros, Sáiz, Mejías, Fallon, Moros y Quijanos.

Distinguióse por el desprendimiento al dinero y hasta repulsión por los negocios, cualidades indispensables en quien se dedica a educar la juventud. No se concibe un director de colegio si su consagración no se concreta al estudio diario de sus alumnos, no sólo en sentido general y abstracto sino concreto, ya por razón del adelanto, ya por el conocimiento íntimo que como supremo director de inteligencias vaya observando día por día. Don Ricardo se consagra absolutamente a su colegio, no le importan los otros quehaceres y aun cuando inteligente para ganarse la vida con otros medios lícitos, aleja de sí toda idea de lucro.

Al decir de sus discípulos, encontraron en su maestro al institutor que se adelantó en los métodos pregonados hoy como medios de salvación para estas naciones que principian a vivir la vida del Estado. Ya él preveía las consecuencias funestas para la patria si se miraba con mayor interés, si se atendía mejor, a cualquier otro renglón administrativo, sustrayéndole a la instrucción pública el dinero necesario e indispensable para que corresponda al número de afiliados en las ciencias especulativas, sin mengua para el buen servicio en la instrucción primaria.

He aquí la razón por la cual en la cátedra, en la dirección del colegio, en las conferencias, el anhelo del señor Carrasquilla fue alcanzar a que sus discípulos investigaran la causa de las apreciaciones; más que con palabras fue con su ejemplo como se modeló el carácter de sus alumnos, pues estaba íntimamente persuadido de que no sólo se instruye al hombre por propia satisfacción, por propio provecho, sino que se debe retribuir a la patria esos conocimientos, y en tales condiciones el carácter debe estar arraigado en el alma del ciu-

dadano, como clara, precisa e invariable debe ser la noción de patria.

La imparcialidad, indispensable en el pedagogo, para poder fallar como juez de los alumnos, cualidad que si falta, ni éstos, ni la sociedad, hacen acreedor de su confianza al institutor, era en don Ricardo tan firme, como precisa la noción que tenía de la rectitud. Imparcialidad y rectitud, nociones que se arraigan en favor de una persona cuando la fama las reconoce y esto sólo se alcanza siempre que los actos se inspiren acomodándolos a los preceptos de sana moral.

Finalmente la voluntad, esa otra potencia del alma, que se perfecciona en el segundo hogar y que para el institutor debe ocupar lugar preferente en el desarrollo del alumno, fue tan inflexible para el señor Carrasquilla que de él es la siguiente máxima: «El talento y la ciencia no son sino los criados de la voluntad. Bolívar, antes que un genio fue un hombre que quiso. Cuántos habrán tenido más ingenio que Platón, más dotes intelectuales que César y han muerto desconocidos por falta de voluntad entera».

Dentro de relativa apariencia de severidad fácilmente se descubría en don Ricardo al hombre de fondo y de criterio. Sin ser amigo de contempORIZACIONES, abolió los castigos severos. El principio de autoridad del Colegio, lo implantó por sí mismo con su propia manera de ser, con su ejemplo, con su porte, con sus modales, inculcando el cumplimiento del deber por propia satisfacción, no por alarde ni mucho menos como medio de hipocresía. La siguiente máxima de don Ricardo lo comprueba: «Se ha dicho que la hipocresía es el homenaje que el vicio tributa a la virtud: el respeto humano es el homenaje que la virtud tributa al vicio».

Nada significa que su semblante reflejara el gesto severo, si su alma era imagen de múltiples cualidades que resaltaban en su austera figura, símbolo de las atracciones más espirituales; en él no hubo dobleces, ni engaño, y sí franqueza, lealtad, carácter y verdad. Leal, porque sus acciones siempre guardaron proporciones con las del hombre fiel; de carácter, porque su modo de ser peculiar, sumado al conjunto de sus cualidades

morales, hicieron que fuera firme y enérgico y de ánimo elevado y por último amó la verdad porque quien reunía en sí tantas y tan bellas cualidades siempre debía estar de acuerdo con lo que decía, con lo que sentía y con lo que pensaba.

Entre las muchas anécdotas de su vida, traídas por sus biógrafos, basta hacer resaltar sus dotes de hombre espiritual, con citar la siguiente: «Un día estando enfermo en la alcoba, oyó que las personas de la casa despedían a una pobre vergonzante diciéndole que no tenían que darle. Un rato después don Ricardo se puso el sombrero y fatigado y anhelante subió hasta el barrio de Egipto a llevarle a la infeliz la suma que había solicitado. Súpose este rasgo meses después de boca de la favorecida».

Esta acción entraña un aspecto que para el psicólogo le da derecho a deducir la fisonomía moral de don Ricardo, de verdadero hombre de corazón, con un conjunto de múltiples cualidades que lo colocan en sitio de honor como hombre de hogar y ciudadano, tomando esta expresión en sus diversos atributos y capaz de transformar una época. Para la historia de la pedagogía colombiana fue un paréntesis de auge que hace glorificar y ensalzar su nombre con brillo que resplandece en la patria colombiana. Nada de flores, nada de palabras. Todo se lo merece, pues bien: en su tumba renovemos los votos de patriotas y cubrámosla con el tricolor nacional.

MANUEL J. HUERTAS GONZÁLEZ

